



Cardenal Stanisław Dziwisz, Metropolitano de Cracovia

Los insólitos caminos de Juan Pablo II hacia la Divina Misericordia

La verdad sobre la Divina Misericordia fue la razón principal de la enseñanza pontificia del Santo Padre Juan Pablo II. Surgió ya al principio de su pontificado en la Encíclica *Dives in misericordia* (1981). Este documento constituye, junto con las Encíclicas *Redemptor hominis* (1979) y *Dominum et vivificantem* (1983), una parte de la gran trilogía dogmática, en la cual el Papa habla al hombre contemporáneo sobre Dios, que se revela al hombre como la Santísima Trinidad, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. La misericordia es la clave para la comprensión del misterio de Dios y del hombre. Ella caracteriza a Dios que se revela al hombre en la Historia de la Salvación. Es el tema principal de la enseñanza de Cristo y se muestra en plenitud en el misterio de la salvación, en su muerte y en su Resurrección. La misericordia es a la vez una especial oportunidad para el hombre, porque por ella puede experimentar la cercanía de Dios que es misericordioso.

1. La beatificación y canonización de la Hermana Faustina

Durante la beatificación de la Hermana Faustina Kowalska en el segundo domingo de Pascua, el 18 de abril de 1993 en Roma, Juan Pablo II recaló que el misterio de la Divina Misericordia, el cual Dios había recordado a todo el mundo por medio de una humilde monja de Polonia, es un “llamamiento profético al mundo”. Para toda la humanidad, cansada de las guerras terribles, el mensaje de la misericordia se convirtió en un signo de esperanza, mostrando la presencia de Dios que regala el amor y la posibilidad de un renacimiento espiritual del hombre.

La canonización de la Hermana Faustina Kowalska el 30 de abril de 2000 en Roma fue de una especial elocuencia, porque por medio de este acto Juan Pablo II transmitió el mensaje de la misericordia a todo el mundo como un puente que une el segundo milenio del cristianismo con el nuevo siglo. Recordó a su vez que la misericordia de Dios es una oportunidad especial para el renacimiento de toda la humanidad: “La humanidad no encontrará la paz hasta que no se dirija a la Divina Misericordia” (Diario). El mensaje de la Misericordia permite interpretar de nuevo el Evangelio sobre la Misericordia de Dios, en cuya luz el hombre no sólo recibe y experimenta la misericordia de Dios, sino que está llamado a “usar misericordia” con los demás (DM 14).

Juan Pablo II proclamó el Segundo Domingo de Pascua, el “Domingo de la Misericordia”, poniendo de relieve que la misericordia es una oportunidad para conocer el “Verdadero rostro de Dios y del hombre” (*Homilía de la canonización*, 5). El mensaje de la misericordia recuerda a su vez al mundo la dignidad y el valor de cada hombre, por el cual Cristo entregó su vida.

Durante la canonización de la Hermana Santa Faustina Kowalska Juan Pablo II subrayó de forma clara que el mensaje de la misericordia, proclamado incesantemente

por la Iglesia, y recordado gracias a las apariciones a Santa Faustina, se convierte hoy en una parte de la experiencia del hombre perdido en medio de diferentes ideologías y corrientes de pensamientos en el cambio del siglo XX y XXI. En el misterio de la Divina Misericordia el cristiano encuentra el rostro verdadero de Dios, cercano al hombre, y el rostro verdadero del hombre que necesita la misericordia y disponible para practicarla¹. El Santo Padre volvió a este pensamiento muchas veces cuando polemizó con la “teología de la muerte de Dios”, o también cuando demostró los errores de los totalitarismos contemporáneos que intentan eliminar a Dios de la historia humana.

2. Consagración del mundo a la Divina Misericordia

Durante la Consagración de la Basílica de la Divina Misericordia en Cracovia el 17 de agosto de 2002 Juan Pablo II una vez más recalcó que el mundo contemporáneo necesita la Divina Misericordia, así como encomendó a la iglesia la tarea de acercar al mundo el misterio de la Divina Misericordia: “Por eso hoy, en este santuario, quiero consagrar solemnemente el mundo a la Misericordia divina. Lo hago con el deseo ardiente de que el mensaje del amor misericordioso de Dios, proclamado aquí a través de santa Faustina, llegue a todos los habitantes de la tierra y llene su corazón de esperanza. Que este mensaje se difunda desde este lugar a toda nuestra amada patria y al mundo. Ojalá se cumpla la firme promesa del Señor Jesús: de aquí debe salir “la chispa que preparará al mundo para su última venida” (cf. Diario, 1732, ed. it; P. 568). Es preciso encender esta chispa de la gracia de Dios. Es preciso transmitir al mundo este fuego de la misericordia. En la misericordia de Dios el mundo encontrará la paz, y el hombre, la felicidad. Os encomiendo esta tarea a vosotros, amadísimos hermanos y hermanas, a la Iglesia que está en Cracovia y en Polonia, y a todos los devotos de la Misericordia divina que vengan de Polonia y del mundo entero”²

El tema de la Divina Misericordia surgió de nuevo en la enseñanza de Juan Pablo II en la Carta Apostólica *Novo millennio ineunte*, publicada en el umbral del Tercer Milenio del cristianismo (6. I. 2001), como “imaginación de la caridad”. El Papa escribió sobre la imaginación de la caridad en el contexto de la Europa que se unificaba. Esta cuestión se convirtió en objetivo de la reflexión del Sínodo de los Obispos en octubre de 1999, que preparó el Gran Jubileo del año 2000. El fruto de los debates sinodales fue la Exhortación Apostólica *Ecclesia in Europa* (28. VI 2003). Este tema parece sugerir unos argumentos de pensamiento, que abarcan toda la enseñanza del Santo Padre cuyo nexo es la verdad sobre la misericordia de Dios.

El emprendimiento de la cuestión de la Divina Misericordia en la enseñanza de Juan Pablo II exige la presentación del problema del misterio de Dios que se revela en el Antiguo y en el Nuevo Testamento en su esencia como misericordioso. El Papa ofrece una interpretación muy original de Dios, quien se revela como Padre de misericordia en toda la Historia de la Salvación. El misterio de la misericordia permite al hombre comprenderse a sí mismo y realizar su vocación. Al mismo tiempo le hace consciente de que necesita incesantemente la misericordia y de que es capaz de practicarla con el prójimo. Tales suposiciones del Papa Juan Pablo II dirigen nuestra atención al misterio de Dios que revela su misericordia en el Antiguo testamento, así como a Cristo que es la plenitud de la revelación de la misericordia del Padre en la Nueva Alianza, y a los modos de realización de la misericordia por los discípulos de Cristo.

3. El misterio de la misericordia de Dios en la Revelación

¹ Juan Pablo II, *Don de Dios para nuestros tiempos*. Homilía durante la misa de canonización, en: *Orędzie Miłosierdzia* (el mensaje de la misericordia) 35/ 2000, p. 4

² *Ibidem* P. 77

En la Encíclica *Dives in misericordia* el Papa Juan Pablo II, siguiendo la Constitución pastoral *Gaudium et spes* del Concilio Vaticano II, recuerda que Jesucristo es la plenitud de la “revelación del misterio del Padre y de su amor” (GS 22). La revelación de Dios es el misterio del amor (1Jn 4,16. 18), el cual une en la unidad al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Es el amor que se comparte con cada criatura, porque su naturaleza consiste en regalar. Se revela al hombre en la Historia de la Salvación como el Creador y Señor de toda la creación, quien es el buen Padre y el Dador de la vida (cfr Gn 1 – 2; cfr Col 1, 15 – 20). En Él el hombre encuentra su realización.

La experiencia fundamental de la misericordia en la Historia de Israel, a la cual se remite Juan Pablo II (DM 4), es el acontecimiento que tuvo lugar durante el *éxodo* del pueblo elegido de la esclavitud de Egipto. Dios, viendo el sufrimiento de su pueblo, se apiadó de su infortunio y lo liberó de las manos de sus perseguidores. En la experiencia del *éxodo* está arraigada la confianza de los israelitas en la misericordia de Dios, que supera cualquier pecado y miseria del hombre. En aquel momento de los hechos Dios, Creador del hombre y Señor del mundo, reveló toda la verdad de sí mismo: “Yahvé pasó por delante de él y exclamó: “Yahvé, Yahvé, Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad, que mantiene su amor por mil generaciones y perdona la iniquidad, la rebeldía y el pecado...(Ex 34, 6 – 7). En este acontecimiento Dios reveló la verdad fundamental de que cada hombre, que era culpable por el pecado y se había apartado de su Creador, podía encontrar la razón para volver y dirigirse con la petición del perdón (Nm 14, 18; Cro30, 9; Neh 9, 17; Sal 86, 15; Sap 15, 1; Eclo 2, 11; Job 2, 13). El Papa recuerda que Dios reveló su misericordia desde el principio de la historia por medio de palabras y de obras descubriendo las diferentes dimensiones de su amor hacia el hombre.

La misericordia de Dios revelada en la Antigua Alianza, observa el Papa en la Encíclica *Dives in misericordia*, es un paradigma del amor de Dios hacia el hombre, que abarca diferentes “matices del amor”. Es el amor paternal, que resulta del hecho de haber dado la vida, porque Dios es el Padre de Israel (Is 63, 16), y el pueblo elegido es su hijo amado (Ex 4, 22). Es también su Esposo e Israel su esposa amada (Os 2, 3). Su amor se revela como compasión y perdón magnánimo, cuando el Pueblo Elegido no mantiene la fidelidad (Os 11, 7 – 9; Jer 31, 20; Is 54, 7). Los salmistas lo llaman Dios del amor, clemente, fiel y misericordioso (Sal 103; 145). La experiencia de la misericordia de Dios nace en el diálogo interno del hombre con su Creador y Padre.

En la Encíclica *Dives in misericordia* Juan Pablo II, remontándose a la Historia de la Salvación, recuerda la presencia incesante de Dios entre la gente. La misericordia del Padre, revelada por Jesucristo, está presente en la Antigua Alianza, en la historia del pueblo elegido, que conservó la fe en el único Dios. El Dios Yahve, el Creador del mundo y del hombre, se da a conocer a Moisés como misericordia. Dios mismo, de forma solemne se presenta: “Descendió Yahvé en forma de nube y (moisés) se puso allí junto a Él e invocó el nombre de Yahvé. Yahvé pasó por delante de él y exclamó: “Yahvé, Yahvé, Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad, que mantiene su amor por mil generaciones y perdona la iniquidad, la rebeldía y el pecado...(Ex 34, 5 – 7). En la misericordia, como lo subraya Juan Pablo II, (DM 4), surgen diferentes aspectos del amor de Dios hacia el hombre: La bondad, la benevolencia, la gracia, la fidelidad, la ternura y la compasión propia de la madre, la magnanimidad y la benevolencia así como la clemencia, dejar marchar al adversario y perdonarle. La misericordia, comprendida como la revelación del amor de Dios hacia el hombre, se une de forma indisoluble con la obra de la creación uniendo al Dios Creador con el hombre que es su criatura (DM 4). Como observa el Santo Padre, es propio de la naturaleza del amor el no poder odiar ni desear el mal a quien obsequió con la plenitud de los bienes.

El misterio del amor misericordioso lo conservó el pueblo elegido, amonestado en sus acciones por los profetas y animado a la apertura de su corazón al Dios de la

misericordia (Is 54, 10; Jer 31, 3). La misericordia experimentada por los israelitas era “el contenido de la intimidad con su Señor” (DM 4) especialmente en estos momentos, cuando le faltaba la fidelidad a la Alianza.

Cada hombre, observa Juan Pablo II en *Dives in misericordia*, es capaz de descubrir a Dios en la naturaleza y en el universo a través de sus “atributos invisibles” (Rm 1, 20). El conocimiento indirecto no permite sin embargo la visión plena de Dios. La revelación del amor en Jesucristo conduce a Dios “en el misterio insondable de su esencia” (DM 2; 1 Tim 6, 16). Jesucristo muestra al Dios de la misericordia en las parábolas de la oveja perdida y de la dracma (Lc 15, 1 – 10), y especialmente en la parábola del hijo pródigo (Lc 15, 11 – 32). Esta parábola muestra en primer lugar la grandeza del amor del Padre, dispuesto a perdonar y a obsequiar de nuevo. Juan Pablo II extrae aún más de ella la dignidad del hijo pródigo, que resplandece de nuevo gracias a la misericordia del Padre. Dios aparece como fiel a su paternidad: “Tal amor es capaz de inclinarse hacia todo hijo pródigo, toda miseria humana y singularmente hacia toda miseria moral o pecado” (DM 6). La grandeza del amor de Dios hacia el hombre pecador desvela la grandeza de la dignidad del hijo, que siempre es el hijo de Dios y tiene derecho a su amor. Juan Pablo II percibe en la misericordia “la relación de la desigualdad” entre Dios, quien obsequia, y el hombre, que recibe su bondad. Sin embargo la misericordia propicia que el hijo pródigo, recibiendo la dignidad de hijo, no se sienta humillado. Al gran amor de Dios corresponde con la actitud de la conversión, que es el fruto de la misericordia (DM 6).

La revelación plena de la misericordia de Dios es la muerte y la resurrección de Cristo. El misterio pascual muestra la grandeza del amor de Dios hacia el hombre, que “no ahorró a su propio Hijo” (2 Cor 5, 21). Gracias al misterio de la cruz Dios muestra la profundidad de su amor, que está en el principio de la creación del hombre y de la obra de la Redención: “Dios, tal como Cristo ha revelado, no permanece solamente en estrecha vinculación con el mundo, en cuanto Creador y fuente última de la existencia. Es el amor, que no sólo crea el bien, sino que hace participar en la vida misma de Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo” (DM 7). En la muerte de Cristo Dios está cerca del hombre dándose a sí mismo, para que el hombre pueda tener parte en su vida. El amor misericordioso es más fuerte que el pecado y que la muerte. Gracias a la actuación del Espíritu santo el hombre se abre a la actuación de la misericordia y percibe su dignidad, que le da la posibilidad de la unificación con Cristo.

El lugar del encuentro con la misericordia de Dios son los sacramentos, sobre todo la Penitencia y la Eucaristía, en los cuales el cristiano toca el amor misericordioso de Dios. La Iglesia, fiel a Jesucristo, destaca Juan Pablo II, tiene que dar testimonio de la Divina Misericordia como el primer deber de su misión en el mundo (DM 12).

4. Consagración del mundo a la Divina Misericordia

Durante la Consagración de la Basílica de la Divina Misericordia en Cracovia Juan Pablo II destacó que el mundo contemporáneo necesita la Divina Misericordia y encomendó a la Iglesia la tarea de acercar al mundo el misterio de la Divina Misericordia: “Por eso hoy, en este santuario, quiero consagrar solemnemente el mundo a la Misericordia divina. Lo hago con el deseo ardiente de que el mensaje del amor misericordioso de Dios, proclamado aquí a través de santa Faustina, llegue a todos los habitantes de la tierra y llene su corazón de esperanza. Que este mensaje se difunda desde este lugar a toda nuestra amada patria y al mundo. Ojalá se cumpla la firme promesa del Señor Jesús: de aquí debe salir “la chispa que preparará al mundo para su última venida” (cf. Diario, 1732, ed. it; p. 568). Es preciso encender esta chispa de la gracia de Dios. Es preciso transmitir al mundo este fuego de la misericordia. En la misericordia de Dios el mundo encontrará la paz, y el hombre, la felicidad. Os encomiendo esta tarea a vosotros, amadísimos hermanos y hermanas, a la Iglesia que

está en Cracovia y en Polonia, y a todos los devotos de la Misericordia divina que vengan de Polonia y del mundo entero. ”³

La consagración del mundo a la Divina Misericordia es un acto de la fe, cuyo fundamento es la actitud de la confianza infantil en Dios, el Padre misericordioso, que nunca abandona al hombre, obsequiándolo sin cesar con su amor. Juan Pablo II, como Abraham y los Patriarcas, como Pedro y sus sucesores, estuvo a la cabeza de la Iglesia y de toda la humanidad expresando en su nombre la fe en Dios, cercano al hombre a través de su misericordia. Al mismo tiempo confesó la fe de que Dios finalmente se le reveló al hombre en Jesucristo, quien en su plenitud mostró en qué consistía la misericordia del Padre, en sus hechos, en su enseñanza y sobre todo en su Muerte y Resurrección. El hombre descubre la misericordia de Dios gracias a la actuación del Espíritu Santo.

La verdad sobre la Divina Misericordia, como lo puso de relieve Juan Pablo II, es un elemento central de la misión que los discípulos de Cristo recibieron de su Señor. Ella comprende la confesión de la fe en el Dios de la misericordia y la adoración de Dios, rico en misericordia, así como la mirada con valor y llena de esperanza en el futuro. Se realiza por medio de la proclamación de la Divina Misericordia en la Liturgia de la Palabra y en la celebración de la Eucaristía, así como en el sacramento de la penitencia, que son la fuente de la misericordia abarcando el misterio de la muerte y resurrección de Cristo, en el cual se reveló en plenitud la misericordia de Dios hacia el hombre. La misericordia de Dios, experimentada por el hombre que considera su debilidad, lo abre al prójimo mostrándole la posibilidad de compartir la misericordia. Fructifica como una ayuda desprendida ofrecida al hombre que se encuentra en necesidad.

El misterio de la Divina misericordia se volvió especialmente actual gracias a la experiencia de Santa Faustina Kowalska (1905 – 1938), a quien Juan Pablo II llamó “don de Dios para nuestros tiempos”. Este misterio ayuda al descubrimiento de Dios presente en el mundo y a la actuación de la misericordia hacia el prójimo.

(Tłumaczenie: Ramon Lodeiro)

³ Íbidem, p. 77